

*A Mauricio, Mario y Gonzalo:  
los hermanos que no tuve.*



*Pero sus campos nunca se vendan, por ser herencia  
sempiterna.*

LEVÍTICO, 25:34

*I could live here forever, he thought, or till I die.  
Nothing would happen, every day would be the same  
as the day before, there would be nothing to say. [...]  
He could understand that people should have retreated  
here and fenced themselves in with miles and miles of  
silence; he could understand that they should have  
wanted to bequeath the privilege of so much silence to  
their children and grandchildren in perpetuity (though  
by what right he was not sure).*

J. M. COETZEE

*Y fui vendida al fin,  
porque llegué a valer tanto en sus cuentas,  
que no valía nada en su ternura...*

DULCE MARÍA LOYNAZ



---

ANTONIO

Cuando sonó el teléfono era una hora opaca de invierno en Nueva York, muy temprano. A esa hora solo llaman borrachos que se equivocan de número o familiares a dar malas noticias. Quise que fuera lo primero, pero era Eva, mi hermana:

—Toño, me da pesar tener que llamarte para esto, pero mi mamá amaneció muerta en La Oculta. Pilar dijo que anoche, después de comer, había dicho que no se sentía bien. Claro que últimamente, tú sabes, ella nunca se sentía bien después de comer. Todo le caía mal. Así que se acostó. Pero esta mañana Pilar se levantó muy temprano, a ver cómo seguía, y la encontró muerta en la cama.

—Ya salgo para el aeropuerto y llego en el primer vuelo que encuentre —le dije.

Sentí un pesar profundo, como una nube espesa y gris en todo el cuerpo. Un dolor en el pecho y en la garganta, y la ola de tristeza subía hasta los ojos, incontenible. ¿Cuántos años tenía mi mamá? Decía que ochenta y ocho, pero se quitaba uno. En realidad tenía ochenta y nueve. A los veinticinco años, cuando en su casa la acosaban para que se casara, quitarse ese año tenía algún sentido. Después no, después cada vez menos, y a los ochenta y nueve, hasta a ella le daba risa seguirselo quitando. Me sentí culpable por no haberla llamado esa semana. La buscaba los jueves por Skype, casi siempre. Se sabía que todas las mañanas de los jueves ella prendía Skype para esperar mi llamada. Jon salió del baño y al ver mi cara, me preguntó

qué pasaba. No preguntó con palabras, sus ojos y sus manos preguntaron.

—Se murió Anita.

—Si quieres te acompaño a Medellín —dijo. Se sentó a mi lado y me puso su mano grande, suave, en la espalda. Nos quedamos un rato así, juntos, en silencio. Al fin le contesté:

—No, tranquilo, esta vez voy yo solo —tenía un taco en la garganta. Tragué saliva—. Es mejor que te concentres en la exposición. Mis hermanas entienden que no vayas.

Todo esto lo dije en inglés, porque con Jon hablo en inglés. Nos quedamos sentados un rato en la cama, en silencio y cogidos de la mano, sabiendo que las palabras estorbaban. Al fin me levanté y fui a mirar los últimos correos de mi mamá. El último era amoroso y concreto como siempre: *Cruce de cuentas*, decía en el asunto.

«Mi amor: he tratado de comunicarme contigo, pero ha estado cerrado el foquito verde. Solo quería decirte que con uno de tus cheques pagué ayer tu parte del impuesto predial de La Oculta. También consigné en la cuenta de Pilar \$816.000 que te corresponden para Próspero y la cuota de sostenimiento de la finca. Todavía quedan en mi poder tres cheques de los firmados por ti, guardados donde sabemos. En nuestro cruce de cuentas hay un saldo a mi favor de \$2.413.818 que no tengo afán de cobrar hasta mi próxima tarjeta de crédito, en abril. Hoy estuve donde el doctor Correa y me encontró bastante bien. Por el momento no tengo el menor interés en morirme, aunque a veces estoy triste y desanimada con la situación de Eva. La semana pasada me dijo que finalmente iba a dejar a Santiago el viudo Caicedo, tú sabes, con el que ya llevaba saliendo casi cuatro años. Por un lado me alegré, pues la diferencia de edad es demasiada, de casi veinte años, y con él ella no tendría ninguna compañía en la vejez. Pero

por otro lado me da pesar porque ella se veía contenta desde que estaba con él. Tú me dijiste que cuando fueron a pasear a Nueva York el año pasado, pese a la diferencia de edad y a la silla de ruedas, Eva se veía dichosa. Y en Navidades estaban contentos, tú mismo los viste, así que fue una sorpresa. Cuando ella se separa es siempre un salto al vacío, se deprime, y nunca sabemos con qué nos va a salir. El viudo Caicedo, a pesar de lo viejo, me parecía querido, aunque a veces la gente decía que más parecía esposo mío que amigo de Eva. Ay. Eso fue lo que dijo Pilar en la última Nochebuena, y Eva la oyó diciéndomelo. Le dolió mucho. Pilar no es la prudencia andando que digamos. Bueno, lo que me preocupa más es que a veces me parece que a Eva nadie le sirve, pero al mismo tiempo no le gusta estar sola. Dejemos ahí este tema, que me entristece mucho. Lo que más me anima es la ilusión de verte en Semana Santa. Creo que tu venida me curará de todos los males. Saludes a Jon. Te mando un beso y el amor de siempre,

Ana»

Todas las cartas de mi mamá eran así, prácticas y cariñosas al mismo tiempo: las cuentas claras, y cosas de la vida de ella, de las hijas o los nietos. Ella manejaba mis cuentas colombianas, casi todas relacionadas con la finca. Tenía casi noventa años, pero estaba más lúcida que mis hermanas y yo. Llevar mis cuentas en Colombia la mantenía incluso más alerta. En otros correos me hablaba de la posible venta de una parte de La Oculta para pagar los daños que había hecho un vendaval, por la caída de un árbol sobre los tanques de agua potable. Ella no estaba de acuerdo con que se vendiera más tierra, porque al paso que íbamos quedaríamos solo con la casa y rodeados de extraños, pero al mismo tiempo no estaba dispuesta a tener que asumir esos gastos, pues no podía quedarse sin ahorros para los últimos años de su vida. El problema era que Eva, como ya solo iba a la finca en Navidades, porque seguía

resentida con lo que le había pasado allá hacía tanto tiempo, no quería poner ni un centavo más para reparaciones y a duras penas ponía la cuota fija para impuestos, servicios y sueldos. Prefería venderla. Pero venderla, para Pilar, sería como la muerte.

Yo tampoco quería vender la finca, así viviera en Estados Unidos la mayor parte del año. Colombia, para mí, era mi mamá, mis hermanas y La Oculta. Ahora Anita se había muerto, y con ella un pedazo enorme de mi vida. Lo raro es que se hubiera muerto en la finca y no en Medellín, donde vivía. Aunque si lo pensaba bien, tenía mucho sentido que se hubiera muerto en La Oculta al amanecer de un domingo. Pensando en mi mamá, en su muerte, me di cuenta de que nunca habríamos podido conservar la finca —que nos había llegado por herencia del lado de la familia de mi padre— si no hubiera sido por ella. A pesar de que mi mamá no tenía ningún apego familiar a esa tierra, había sido ella la que había vendido su propio apartamento para poder conservarla cuando estuvimos a punto de venderla, poco después de la muerte de mi papá, de Cobo; era ella la que se había gastado parte de las ganancias de la panadería para hacer mejoras y reparaciones en la casa; era ella la que nos reunía a todos en La Oculta, en diciembre, con esa manera al mismo tiempo dulce y firme que tenía de hacer las cosas. Nos invitaba a todos, mercaba para todos, cocinaba para todos, y en esas semanas juntos, los hijos y los nietos girábamos a su alrededor como planetas de un sol tibio y benigno, irresistible. Así ella no fuera dueña de La Oculta, porque Cobo nos la había dejado de herencia a los hijos y no a ella, la finca era inseparable de ella, y ahora casi impensable sin su presencia. Sin mi mamá viva, sin su alegría, sus recetas, sus mercados, ir a la finca ya no volvería a ser nunca lo mismo. Alguien tendría que asumir su papel, Eva o Pilar, pero no estaba seguro de que ellas lo quisieran hacer. Yo nunca tendría tanta alegría, tanta energía ni tanto amor como para asumir ese rol de unir y reunir a toda la familia.



Jon me acompañó al aeropuerto y me ayudó a buscar la mejor conexión. El vuelo directo a Medellín ya había salido, así que tuve que viajar por Panamá. Como las manos me temblaban y casi ni podía hablar en inglés, él hacía todo, amorosamente. También pagó todo con su tarjeta y me acompañó hasta el momento en que debía pasar el control de rayos X. Nos abrazamos largo, con una ternura que yo necesitaba; le dejé húmedo el hombro de la camisa. En la sala de espera me puse a buscar en los archivos del portátil fotos viejas de mi mamá. Las fotos de su juventud, en las que se veía bonita y sonriente, llena de vida, con todo su futuro por delante. Encontré una en la que me tenía a mí, de un año, en los brazos, y los dos sonreíamos y nos mirábamos enamorados y felices. La puse en Facebook, que es donde ahora se hacen los anuncios, los duelos y las visitas de pésame, y mientras escribía algunas frases sobre ella, con dedos temblorosos, las gotas que me rodaban por las mejillas caían en el teclado. No sé si me miraban en la sala de espera, porque no me importaba. Al poco rato mis amigos empezaron a dejar mensajes de condolencias, algunos muy bonitos, y a escribir viejos recuerdos de Anita, como le decíamos todos a mi mamá, empezando por mí: Ana, Anita.

Logré llegar ese mismo día por la noche a Medellín. Mientras esperaba el equipaje noté que los zapatos no me salían con los pantalones y cuando llegó la maleta me cambié de zapatos en el baño. Mi mamá muerta y yo pensando en esas bobadas, me dijo la conciencia, pero no podía evitarlo, soy así. Benjamín, el hijo de Eva, estaba aguardándome a la salida, en el aeropuerto. Estaba hermoso y triste, mi sobrino menor, y nos abrazamos. Desde ahí nos esperaban todavía casi cuatro horas de camino hasta La Oculta. Pilar ya había organizado para que hubiera una misa en el pueblo, Jericó, al otro día. A Anita la estaban velando en la finca. Benjamín me contó que su mamá se había ido para allá esa misma mañana, después de llamarme. Que la tía Pilar había estado arreglando a la abuela, que un médico

había firmado el certificado de defunción y que el cura de Palermo había bajado a bendecirla.

Pilar siempre había arreglado a todos los muertos de la familia. Hacía dos o tres años la tía Ester, la hermana de mi papá, se había muerto también en La Oculta y era como si la finca se estuviera convirtiendo en un sitio para morir. La tía Ester tenía una insuficiencia renal grave, pero estaba muy vieja y a esa edad ya no se hacen trasplantes, así que estuvo en diálisis como cuatro años, pero su salud se fue deteriorando cada vez más hasta que había dicho que no quería más diálisis ni más tratamientos y que quería irse a morir en La Oculta. Pilar la recibió en la finca, contenta de tenerla allá porque Ester era su tía preferida y le gustaba poder cuidarla. Pusieron una cama de enfermo en el mismo viejo cuarto que había sido de ella cuando estaba soltera, y contrataron una enfermera para que pasara las noches con ella. Los hijos de la tía Ester iban desde Medellín de vez en cuando a visitar a su madre y a darle las gracias a Pilar por encargarse de ella. La tía Ester se fue apagando poco a poco —cada vez más débil, más pálida y más flaca, frágil como un pajarito— y al final empezaron a darle morfina. Cuando perdió el conocimiento y se veía que estaba sufriendo porque se quejaba mucho, Pilar hizo salir a la enfermera del cuarto, la mandó a calentar un caldo en la cocina, cogió una jeringa y le puso a la tía una dosis mucho más grande de morfina, como cinco ampollitas seguidas, me dijo a mí en secreto, y la tía Ester se apagó serenamente, tan relajada que hasta a su cuerpo se le olvidó respirar. Después Pilar llamó a los hijos de la tía Ester, les dijo que su madre se había muerto tranquila, y se puso a arreglarla para que la encontraran presentable cuando fueran por ella.

Pilar arregla muertos desde cuando tenía veintiún años. Mi papá, que era médico, le enseñó de qué manera hay que preparar a alguien cuando se muere, para no tener sorpresas desagradables antes del entierro. En medio del

dolor, y sobreponiéndose a él, hay que superar el fastidio y la impresión, para que la vida, o mejor dicho la muerte, sea un poco menos insoportable o un poco más llevadera. Pilar es la mayor y ser la hija mayor tiene ventajas y desventajas. Hay responsabilidades con las que nadie más es capaz de cargar porque los otros hermanos son muy jóvenes. Pilar no se amilana ante ninguna dificultad; ella pasa por encima de lo que sea, sin rendirse nunca. Nada le da asco, nada le da vergüenza, nada le da miedo. Cuando hay algo casi imposible de resolver, en la casa pensamos: si no lo resuelve Pilar, no lo resuelve nadie.

Los muertos no hablan, los muertos no sienten, a los muertos no les importa que los vean desnudos, pálidos, demacrados, en el peor momento de su vida, por decirlo así. O quizá haya un momento aún peor, bajo tierra, o en el horno crematorio, pero ese ya casi nunca, por fortuna, lo tenemos que ver. Pilar tiene un trato íntimo y cariñoso con los muertos; ella lo hace como si a ellos de verdad les importara, como si les doliera que los vieran tan feos. Ella no arregla a nadie que no sea de la familia, o por lo menos muy cercano. Arregla tan bien a los muertos (los deja tan presentables, casi como si estuvieran vivos) que uno de los hijos de la tía Ester, Arturo, un empresario exitoso, al ver a su madre muerta, tan bien arregladita, casi tan agradable de mirar por última vez, le propuso a mi hermana que montaran juntos un negocio (él se ofreció a poner el capital, mi hermana aportaría la mano de obra) de recomponer a los muertos. Mi hermana no quiso. Le dijo que para ella eso era casi como arreglar a un bebé cuando nace, porque también los bebés nacen horribles, y aunque ellos tampoco se den cuenta hay que limpiarlos, acicalarlos, peinarlos, vestirlos, para que el papá y la mamá y los abuelos, cuando los vean, se llenen de ternura. La primera y la última mirada son muy importantes, dice Pilar, y así como la madre quiere ver bien a su hijo por primera vez, así también el hijo quiere ver bien a su madre por última vez, y por eso ella lo hace.

En toda familia, tarde o temprano, alguien es derrotado definitivamente. Cuando eso pasa en la mía, Pilar siempre está ahí y hace lo que debe, pero no por dinero. Arregló a los abuelos, a algunos tíos, a su suegra, a mi papá cuando se le explotó el corazón de tanto sufrir por Lucas, su nieto mayor, a los hijos de amigas íntimas. Ahora lo estaba haciendo o lo había hecho ya con Anita. No sabemos bien qué es lo que hace. Sé que usa algodones, velas y gasas para tapar algunos orificios. Según ella, la muerte es compasiva con la cara porque las personas se hinchan un poco al morir, y eso borra muchas arrugas, lo que es muy bueno, y lo único que impresiona es la lividez, y por eso lo primero que debe hacerse es reponerles el color. Hay que usar bases según el color del cutis, rubores, pintalabios, polvos, pestañinas, inyecciones, para devolverle a la piel cierta vitalidad. Ella es una maquilladora experta y desde muy pequeña se encargaba de peinar a mi mamá para las fiestas, así que en asuntos de peluquería y estética facial tiene experiencia. Siempre que arregla a alguien mira fotos del muerto y hace que se parezca a su rostro, ojalá un poco más joven. Cuando voy de Nueva York a Medellín siempre le llevo de regalo cosméticos, tijeritas y pinzas que le voy escogiendo; es lo que más le gusta que le lleve, aunque esta vez no había tenido tiempo de comprarle nada, apenas un par de pintalabios que había conseguido baratos la semana anterior, uno rojo bermejo y otro fucsia tiránico, según decía el empaque. Le llevaba también la noticia de que ahora, muerta mi mamá, nos había llegado el turno de morir a nosotros. Una noticia que Pilar ya sabía porque al llegar nos dijo que ella, desde el amanecer, había sentido que la verdadera vejez le había caído de repente desde el mismo momento en que había visto que mi mamá no respiraba.

Cuando llegamos a La Oculta, lo primero que hice fue ir al cuarto de Anita. Tenía la cara dulce y firme que siempre tuvo; esa rara mezcla de belleza con carácter. La

belleza estaba en los rasgos de la cara, en la forma de los huesos o de la nariz —porque uno distingue ecos de la belleza aun en la vejez— y el carácter en algunas arrugas, que son como la memoria de los gestos de toda una vida. Pilar le había puesto un vestido rojo bordado, muy bonito, que yo le había llevado de México una vez y la hacía ver alegre, a pesar de todo. El rojo era el color que mejor le sentaba. Pilar contó que en la madrugada la había despertado un aguacero y había aprovechado para asomarse al cuarto de Anita. La quietud y el silencio le dieron mala espina, hasta que prendió la luz y se dio cuenta de que estaba muerta. Mi ola de tristeza creció, al imaginar ese instante, pero abrazado a mis hermanas me sentí mejor. Pudimos conversar toda la noche al lado de su cuerpo, tomando tinto, rezando avemarías y padrenuestros, que cuando se repiten mucho con el mismo ritmo, dan una especie de calma. Todos mis sobrinos, los nietos de mi mamá, fueron llegando, con hijos y esposas y esposos, y La Oculta se fue llenando como si fuera diciembre, aunque un diciembre triste, en marzo. Cuando yo me muera, quisiera que Jon pudiera asomarse a la tapa del ataúd, y mirarme, y hablarme, sin asco y sin miedo, detrás del vidrio. En Estados Unidos esto lo hacen las empresas de pompas fúnebres. Si me muriera en La Oculta, que es lo que todos queremos en la familia, quisiera que Pilar me arreglara.

Mi mamá estaba acostada en su cama de siempre, la que había compartido con mi papá, la que antes había sido del abuelo Josué y la abuelita Miriam. El cuarto estaba tal como le gustaba a mi mamá. Desde que se había muerto Cobo, Anita no había permitido que lo tocaran. En el armario seguía la ropa de él, al lado izquierdo, y la de ella en el ala derecha: las camisas blancas, el sombrero aguadeño, las botas de montar a caballo, las zapatillas para ir al chorro de la quebrada, las bermudas, las piyamas, las medias. Ropa vieja, la que uno usa en el campo y está tan ajada que no sirve siquiera para dejársela de herencia a los

campesinos. Un viejo cuadro de los abuelos paternos, cuarentones. Fotos de la familia: la primera comunión de los hijos, la foto del matrimonio, viejas instantáneas de cuando vivían en Bogotá y, enmarcado encima de la cama, el soneto imperfecto que mi papá le había escrito a La Oculta y que se titulaba con el mismo nombre de la finca:

*Las camas duras, los colchones malos,  
pero al amparo de la noche oscura,  
los invitados duermen sin premura,  
acostados en lechos, como palos.  
Al despertar, dolor en la cintura,  
calmado por dos huevos amarillos  
que doña Berta trae en los platillos,  
servidos con un gusto, que ni al cura.  
Luego a leer, tendidos en la hamaca,  
esperando la suerte tan verraca  
de un almuerzo con yucas y gallina.  
Un bañito a las tres en la quebrada,  
por la noche una buena frisolada,  
y a escuchar el roncar de la vecina.*

Roncaban Cobo y Anita, mi papá y mi mamá, como en un contrapunto desentonado, pero ya nunca más volverían a roncar. Los ronquidos son una música estentórea, desagradable, y todos se burlan de los que roncamos porque es un signo de vejez, pero al menos indican que seguimos respirando, y a mí en ese momento me dio tristeza que mi papá llevara años sin roncar, y que, aunque mi mamá no pareciera tan muerta, gracias a los arreglos de Pilar, ya el suyo fuera un sueño sin aire y sin ronquidos. Añoraba sus ronquidos como añoraba su respiración. Eva le dijo a Pilar que ella quería ahora ser la dueña del cuarto de los papás, y que por favor no cambiara nada, no moviera nada. Que no botara la ropa, que no cambiara las fotos, que no sacara los libros, que no pusiera otras colchas ni otro colchón, que

no remplazara la lámpara ni la mesita de noche, que no cambiara los azulejos del baño, que no vaciara los armarios ni quitara de la pared el poema de mi papá. Le hizo la lista completa y casi con rabia, para que entendiera. Pilar la miró abriendo mucho los ojos, porque ella detesta ese romanticismo de guardar cachivaches y vejestorios, y era una de las pocas cosas por las que peleaba con mi mamá. «Mami, ¿cuándo será que te decides a regalarle a Próspero las camisas de mi papá?», le decía siempre que venía. Y Anita simplemente respondía, con su voz tierna y segura: «Déjame mis cositas, Pilar, que a mí me gusta así. Ya harás con ellas lo que quieras, cuando yo falte». Pilar podía decidirlo todo en la finca, y mandar casi siempre, pero en el cuarto de Cobo y Anita no podía mandar. Por eso, Eva quiso que de ahí en adelante ese fuera el cuarto de ella, su reino privado, el único lugar de La Oculta donde podía mandar alguien que no fuera Pilar.

Hay oficios raros en esta vida. Y uno de los más raros y difíciles es el oficio de hija mayor. Sobre todo cuando este implica labores como dejar visible a un muerto. Al fin y al cabo en todas las familias, poco a poco, la gente se va yendo. Estas cosas ya no se hacen en la casa, tampoco en Medellín, ni siquiera en Jericó, donde queda La Oculta. No sé por qué, pero creo que en esos tanatorios no lo tratan a uno, después de muerto, con mucho respeto ni con mucho cariño. No sé por qué, pero los que se dedican a esto como un oficio lucrativo me parecen personas con una cierta deformación en la personalidad. Quizá me equivoque. Habrá quien diga que un cuerpo muerto ya es solo una carcasa, una ropa sin dueño, que no siente, y ya no importa siquiera si te maltratan. Pero no es cierto: si uno piensa en la persona que más quiere, muerta, y luego piensa que maltratan su cuerpo inerte, que lo tratan con brusquedad y que se burlan, hay una molestia, y duele. Sea como sea, cuando hay alguien de la familia que lo sabe hacer, me parece mejor, más sabio, más amoroso, y preferible, acudir a ella. A Pilar ni siquiera hay que decírselo.